

## MADAMA DE DURAS

La Restauración, que en su círculo de quince años encierra una época bien circunscrita y en campo vedado tan definido, ofrece á la vista ciertos contrastes, ciertos grupos de opiniones y de personas, ciertas figuras, que pudieron producirse con ventaja en las condiciones de entonces, y que, sin llegar á aceptar el fondo en que se destacan, sorprendemos en nuestra alma la pena que nos produce la desaparición de un ingenio brillante y la armonía pasajera. Hemos tenido más de una ocasión de mostrar en qué circunstancias favorables y por qué diversos sentimientos combinados pudo formarse esta escuela de poesía y de arte, fruto de los últimos años de la Restauración, y que, de no tomarla más que en su origen, independientemente de lo que produzcan después los principales miembros dispersos, merecerá que la honremos. En la historia, en la filosofía, en la crítica hubo también una formación esencial en esta época, y las tres encontraron su progreso, su crecimiento, quien las cultivasen. Yo no oigo hablar más que de lo que no era hostil á los principios de la Restauración, de lo que no estaba fuera de ella, atacándola con audacia ó mimándola con maña; pero no de todo aquello que en ella se desarrollaba siempre, tratando de modificarla; ni de todo lo que pudo ser su ornamento y su apoyo, si la misma Restauración, una mañana no hubiese acercado la mecha á la pólvora. En la alta sociedad, este movimiento de ingenio, tan fecundo entonces y tan grandioso en promesas, tenía por centro y por hogares dos ó tres salones que llamaban doctrinarios. El tono que dominaba era, ante todo, serio; era el de la discusión generalizada, de la discusión amplia, seguida, política,

ó literaria, con sus apartes psicológicos; cierta apariencia de estudio hasta en los pasatiempos, y de disertación hasta en los momentos de solaz. Sería preciso agregar á esto tintes que lo corrigiesen, si se creyera que la zona doctrinaria se extendía desde M. Royer-Collard y á través de los salones de Guizot, de Broglie, y de Barante hasta M. de Sainte-Aulaire. Pero la Restauración debía traer consigo á la gente de alta categoría, la superficie de la sociedad que favoreció otras combinaciones menos sencillas que estas. Había entre los círculos doctrinarios, estudiosos, razonadores, muy nobles, seguramente; pero, sobre todo, muy fructuosos, y los círculos puramente aristocráticos y frívolos una separación muy notable, un divorcio obstinado y completo. De un lado, la luz, las ideas modernas; del otro, encanto antiguo, separados por las pretensiones y por mal gusto recíprocos. En alguna parte, sin embargo, la reconciliación debía intentarse. Lo mismo que de las filas realistas salió una voz elocuente que invitaba á la que, en el orden político, invocaba un ideal de monarquía, según la Charte, del otro lado, y con más éxito, se encontró una mujer extraordinaria que operaba en torno de ella una unión maravillosa entre el gusto y el tono de antes y las aspiraciones nuevas. El salón de Madama de Duras, su persona, su ascendiente, todo lo que á ella toca, expresa de una manera inmejorable la época de la Restauración en su aspecto de amplia existencia, cuyo acceso era relativamente fácil, por un conjunto de aristocracia y de afabilidad, serio sin ser pensador, de ingenio alado y nada vulgar, semiliberal y progresivo insensiblemente, por toda esa mezcla de ilusiones y de transacciones de la que antes sólo notaban el esfuerzo y la tentativa y luego toda su gracia y toda su originalidad. Esto ha sido una de las producciones de la Restauración, como esas islas formadas por las flores en la superficie de un lago y en los sitios en donde convergen corrientes contrarias que no las deshacen. Se ha comparado la construcción un poco artificial del edificio de los quince años, á una especie



de terraza de San Germán, á cuyo pie pasaba en oleadas el pueblo que acabó por derruirla. Hubo sobre esta terraza un rincón que no fué el menos atrayente por su frescura y su perspectiva, y que merece que se guarde al nombre de Madama de Duras. Este rincón tiene su mención en la historia detallada de estos tiempos. Este salón no tuvo sin, duda, apenas influencia, una influencia pasajera, inmediata; y si la tuvo, se la debió indudablemente á Chateaubriand, que era en él el representante político. Creó poco y dejó menos huellas para el que lo estudia, que los salones doctrinarios de que hablamos, y que eran como centros de disertación y de enseñanza. Esta sociedad ofrecía más bien en un conjunto, y á pesar de sus glorias recientes, un bello y último recuerdo, uno de esos destellos que acompañaban á las esperanzas subsistentes de la Restauración, un reflejo que se ocultaba y que no debía aparecer más. No había apenas nadie más que Madama de Duras que pudiese ser la depositaria de este destello, por sus cualidades, el crédito del Duque de Duras, sus maneras, su ingenio delicado y sencillo, su generosidad, que le llenaba de méritos, por la sangre amante de la libertad, la sangre de Kersaint que corría por sus venas, y que en ciertos momentos, sin poderse contener, coloreaba su frente, y todo esto junto con el tono conciliador y moderado que llegó á ser extraordinario por el supremo imperio del uso.

Sería conocer incompletamente á Madama de Duras si sólo la juzgásemos de ingenio agudo, un alma delicada y sensible, como se podrá creer por la influencia moderadora que ejerció en la sociedad, y por la lectura de las dos encantadoras producciones que ha publicado. Era más fuerte, más grande, más dotada de apasionamientos que á primera vista se muestra. En su naturaleza había poderosos resortes, nobles luchas que se hacían dueños en seguida de todos los afectos verdaderos y de los asuntos que le interesaban. Como la época que ella decoró con su presencia, ocultaba bajo la superficie brillante, bajo la dulzura de los barnices, más de una lucha y más de un huracán en su alma.

La duquesa de Duras nació en Brest, diez años próximamente antes de la Revolución. Su padre, el conde de Kersaint, fué uno de los más hábiles hombres de mar, en espera de que la Revolución hiciese de él un ciudadano ilustre y uno de sus mártires. La joven Clara fué admitida desde la edad de siete años en la intimidad familiar de sus padres, y así Madama Duras decía que ella no había tenido infancia, pues desde muy temprano gustaba de la sociedad. Sus afecciones encontraron arraigos sin restricciones en su propio hogar. Los acaecimientos de la Revolución comenzaron pronto á preocupar su imaginación y á producirle emociones nuevas. Se concibe el interés apasionado con que esta alma joven debió seguir desde lejos los esfuerzos y los peligros de su padre. El efecto que le causó la muerte de Luis XVI fué el primer golpe dado á esta sensibilidad tan grande, y luego la muerte de M. de Kersaint, que ocurrió poco después (1). Era preciso abandonar Francia. La señorita de Kersaint se embarcó para América con su madre, cuya salud estaba muy quebrantada y cuya razón se alteró por tanta desgracia. Primero fué á Filadelfia y luego á la Martinica, en donde se puso al frente de las posesiones que allí tenían con una prudencia y una discreción muy superior á su poca edad. Huérfana y rica heredera, á pesar de las confiscaciones de Europa, volvió á Inglaterra, donde se casó con el duque de Duras. Los recuerdos de esta emigración, de su estancia en Inglaterra, de la muerte del rey, componían el fondo del cuadro en que sobresale su figura. Se complacía en recordarlos y en describirlos. Chateau-

(1) El papel de Kersaint en la Convención fué grande, intrépido. Siempre en la brecha para protestar contra la iniquidad, para defender á los inocentes y para acusar cara á cara á los hombres sanguinarios. Kersaint mereció por su conducta ser el modelo político de este género. Contrariamente á los que no aprobando la Revolución y no queriendo aceptar nada de una asamblea se retiraron ó emigraron, quedan otros en plena lucha, contestando en voz alta, disputando palmo á palmo y muriendo cuando es preciso, pero profiriendo palabras que repercuten; ausente de ese sistema de emigración hay otro que personifica Kersaint y que podría llevar su nombre.



briand, en sus Memorias inéditas, después de hacer una pintura acabada de este período de emigración á Inglaterra y de las personas que encontró allí, añade : « Pero, ciertamente, en esta época la señora duquesa de Duras recién casada, estaba en Londres; yo no la conocí sino diez años más tarde. ¡ Cuántas veces se pasa por el camino de la vida, al lado de lo que sería nuestro encanto, como el navegante atraviesa las aguas de una tierra predilecta de Dios, dejándola atrás cuando pudo llegar á ella en un día de vela ! » (1).

De regreso en Francia en la época del Concordato y trayendo como único desvelo y objeto de su ternura á sus dos hijas, vivió aislada bajo el Imperio, sin aparecer nunca en la Corte, la mayor parte del tiempo en su castillo de Touraine (2), dedicada por completo á la educación de sus niñas, á las obras de caridad para todos aquellos que la rodeaban, y á la vida del hogar. Tan sencilla era, que parece probable pudiese permanecer ignorada. Tenía el don especial de saber adaptarse á cada persona y á todas las cosas, y esto con naturalidad, sin esfuerzo y sin cálculo. Era humilde con los humildes, poco ingeniosa con los insignificantes en mentalidad, no por desdén, sino porque no se la ocurría otra cosa. Contaba que, siendo joven, solían decir de ella : « Clara es buena, pero es lástima que no tenga más talento. » La ausencia de pretensiones era su distintivo. Entonces no pensaba siquiera escribir. Leía poco, pero buenos libros de todos los géneros, de ciencia algunas veces; los poetas ingleses le eran familiares, y algunos de sus versos le hacían soñar. Uniendo así esta cultura del ingenio con los cuidados de su familia y de su casa, afirmaba que lo uno ayudaba á lo otro, y

(1) Durante esta estancia en Inglaterra, la joven duquesa de Duras, ¿ no tuvo que vencer ciertas prevenciones de los nobles emigrados que dudaban de su origen? ¿ No debió sentir la impresión de no encontrarse en su puesto, ese desacuerdo, que bajo diferentes formas parece haberla preocupado mucho, y que más tarde tradujo en uno de sus interesantes escritos en otro género de desigualdades?

(2) El castillo de Ussé en el Loira.

que salía de una de estas ocupaciones muy preparada para entrar en la otra, y hasta bromeando llegada á decir que el aprender latín servía para hacer las conservas de frutas. Sin embargo, las más nobles y más gloriosas figuras se agrupaban en torno de ella. Chateaubriand le consagraba sus horas y ella escribía con frecuencia al dictado las hermosas páginas futuras. Desde entonces, según creo, mantuvo con Madama de Staël correspondencia y relaciones, que luego más tarde, á la vuelta de la ilustre desterrada, debían estrecharse. Para los que no han visto más que los retratos, es imposible no encontrar entre estas dos mujeres, cuyas obras son tan diferentes, una gran semejanza física, aunque sólo sea en sus ojos negros y en el peinado. Pero el alma ardiente, la facultad de generosa indignación y de abnegación, la energía de sus sentimientos, era lo que había de común entre ellas, y por lo que la autora de *Eduardo* era la hermana gemela de la autora de *Delphine*.

Si me atreviese á aventurar el contraste, citaría todavía otro nombre, un nombre girondino también, pero pebleyo, el de Madama Roland. En estos cuidados del hogar y de sencillez doméstica, alternando con los pensamientos elevados, ¿ cómo no se puede entrever una gran similitud? Bajo las diferencias de educación y de fortuna, podrían encontrarse otras semejanzas. El talento de Madama de Duras era más delicado, seguramente, y menos varonil, acaso menos extenso que el de la compañera de patíbulo de Kersaint; pero en el alma ni el corazón ésta no tenía nada que pudiese envidiarle la primera.

Madama de Duras vino en 1813, por el matrimonio de su hija, á París. La Restauración la causó gran alegría; pero ella la concebía á su manera y debió sufrir violentamente cuando la vió caer, como sentimos ver que se escapa algo que amamos. Su sociedad, gracias á su estancia en París, aumentó y se embelleció cada vez más. Sin hablar de todos los personajes, que solamente tenían el mérito de ser aristócratas y diplomáticos; sin



hablar de Chateaubriand, que acudía todas las noches, eran los habituales de sus salones, de Humboldt, Cuvier, Abel Rémusat, Molé, de Montmorency, de Villèle, de Barante; Vilemain era hacia el que Madama de Duras se sentía más atraída, tanto por su prodigioso ingenio de conversación, como por sus opiniones políticas moderadas de un solo liberalismo que ella podía admitir. Talleyrand encontraba allí, pero con más juventud, una reproducción del círculo de la mariscal de Luxemburgo y de la mariscal de Beauvau, pero se quejaba con galantería de este exceso de juventud, y decía que había sido preciso esperar quince años, por lo menos, para que la semejanza fuese más completa. En medio del brillo de esta sociedad, la salud de Madama de Duras se quebrantó mucho, y ya en 1820 no salía nunca de casa. Su alma había conservado fresca, sensibilidad, y las pasiones puras que se formaron en ella. Frente á los sufrimientos de su enfermedad se dispuso á sufrírselos y hasta llegó á cobrarles cariño. Volveremos á hablar sobre esta fase de Madama de Duras.

Hasta aquí no hay ninguna huella en toda su vida de ensayo literario ni de intención de escribir. El azar la hizo autora. En 1820, una noche, había contado con detalles una anécdota histórica de una muchacha negra educada en casa de la mariscal de Beauvau. Su amigos encantados con su relato, le dijeron: « Pero ¿ por qué no escribe esa historia? » Al día siguiente, á mediodía, la mitad de la novela estaba escrita. Después le tocó el turno á *Eduardo*, y luego á dos ó tres novelitas no publicadas, pero que, queremos creerlo así, lo estarán bien pronto (1). De esta manera quería aminorar los sufrimientos del cuerpo pintando los del alma, reflejando al mismo tiempo, en cada una de sus páginas, los altos consuelos hacia los que cada día, secretamente su corazón se encaminaba.

(1) Estas obras inéditas son *Frère Ange*, *Olivier* y *Memorias de Sofia*. Las novelas de Madama de Duras fueron el nacimiento de este género: *Aloys de Custine*, *Sainte Perrine* de Valery y *Marguerite de Barante*.

La idea de *Ourika*, de *Eduardo* y, probablemente, la que anima todos los trabajos de Madama de Duras, es la de la desigualdad, ya de naturaleza, ya de posición social; una idea de impedimento, de obstáculo entre el deseo del alma y el anhelo mortal, es algo que falta, que nos roe y que nos impulsa á la ternura, es la fealdad y el color de *Ourika*, el nacimiento de *Eduardo*; pero en todas estas víctimas devoradas y envidiosas, la generosidad triunfa. La autora de tan interesantes relatos se complace en expresar lo imposible, en destrozarse los corazones que ella prefiere, en aplastar á los seres queridos que ha formado. Sólo el cielo se abre después para dejar caer el rocío bienhechor. En tanto que en sociedad Madama de Duras no se presentaba más que bajo el aspecto del acuerdo conveniente y el acomodamiento de las opiniones, en sus escritos, se complace en trazar antagonismos dolorosos y el desgarramiento de las almas. Y es que, en su interior, todo era lucha, sufrimiento, obstáculo, deseos en su bella alma, ardiente como el clima de los trópicos, en donde pasó su juventud; llena de huracanes como el golfo de amarguras surcado por Kersaint. Era una de esas almas que tienen instintos indefinidos, vuelos violentos é impetuosos, y que piden á la tierra otra cosa que ésta no tiene. Madama de Duras era una de esas almas que, por muy ingenuamente inmoderadas que sean, como ha dicho el abate Prevost, sienten el ardor extraño hacia un objeto que no saben definir, que aspiran á amar sin límites y sin medida, en las que cada dolor encuentra una presa fácil; una de esas almas prisioneras que se golpean sin cesar contra los barrotes de su jaula de carne.

Las novelas de *Ourika* y *Eduardo* no son, pues, según nosotros, más que la expresión delicada y discreta, la pintura moderada y sin fuertes agrios por obra de la sociedad, de algo no sé qué de muy grande que se ocultaba en el pecho de Madama de Duras. *Ourika* traída del Senegal como la señorita Aissé de Constantinopla, recibe también, como la joven circasiana, una educación completa; pero menos dichosa que ésta, es negra. Así



también como la Señorita A ssé no quiere casarse con el caballero d'Aydie por no rebajarle, la pobre Ourika, desconocida por Carlos, que no cree en ella, más que amistad, se devora presa de una lenta pasión que ella misma ignora y cuyo descubrimiento es tardío. Nada está tan bien retratado como el dolor, y así, la idea fija de Ourika cuando se da cuenta del color de su piel. « Había quitado de mi habitación todos los espejos, llevaba siempre guantes, mis vestidos tapaban mi cuello y mis brazos y había adoptado para salir un gran sombrero con un velo que á veces llevaba también en casa. ¡ Ay! Me engañaba á mí misma, y como los niños, cerraba los ojos, creyendo que así no me veían. » El salón de la mariscal de Beauvau está descrito maravillosamente por la heredera de sus gustos y de sus tradiciones; los recuerdos del Terror reviven por virtud de sus fieles pinceles. Desigualdad de clase, pasión ignorada, fastidio de la sociedad, emigración, y terror, son las ideas favoritas de Madama de Duras. Cuando Ourika, hermana en un convento, por inadvertencia se le ocurre citar á Galatea, exclama hablando de la imagen que obstinada la perseguía: « ¡ Era la de la quimera que me obsesionaba! ¡ Oh Dios mío, aun no me habías enseñado á conjurar esos fantasmas; yo no sabía que en ti encontraría la tranquilidad. » Esta exclamación, que interrumpe el relato, nos hace ver que es la propia autora quien expresa su pensamiento hablando por boca de la heroína de su novela.

*Eduardo*, más extensa que *Ourika*, es el título literario de Madama de Duras. La escena ocurre en la misma época que *Eugenio de Rothelin*; los personajes son igualmente sencillos, puros, de una compañía perfectamente elegante, y vemos uno de los tipos más graciosos de amantes que se han imaginado. Mas aquí no es, como en la encantadora producción de Madama de Souza, un ideal de buena conducta y de dicha, ni tampoco, como creo haberlo dicho, una especie de pequeño Jean de Saintré ó de Galaor del siglo XVIII. Sufre, no está conforme con su existencia y tiene el

sentimiento de la desigualdad social. Algo de esto se ve en *Eugenio*, cuando el héroe se enamora al principio de Ágata, la hija de su buena nodriza; pero los convencionalismos intervienen en seguida y triunfan, y hacen bien en triunfar para mayor dicha de todos. En *Eduardo*, por el contrario, todo es desconsolador y desgarrador; es el mozo plebeyo que se muestra delante de la noble y modesta Natalia en toda la seducción de su timidez, de su sólida instrucción, de su sensibilidad virgen, de su frente que sabe enrojecer; y este mozo es el que más tarde será Barnave ú Hoche (1). En *Eduardo* se ven dos épocas, dos sociedades que luchan entre sí, y la desdicha que cae sobre los amantes es el presagio de un acontecimiento futuro. El efecto de las mismas catástrofes sociales que tienen su repercusión en los libros de Madama de Souza y en los de Madama de Duras, es curiosamente diferente. La una perdió su primer marido y la otra su padre en el patíbulo; las dos sufrieron la emigración; pero las ideas de la primera estaban, por decirlo así hechas ya, sus impresiones grabadas. Si pintó la emigración con sus desgracias fué sólo para describir la sociedad en que fué principal figura. *Adela de Senange*, escrita antes de la Revolución, aparecía en el 93; pero las novelas que la siguieron no difieren de su tono y nunca están entristecidas por tintas melancólicas y fúnebres. Eugenio de Rothelin y Athenas sonríen á la dicha, como si la Revolución no debiese llegar algunos años después. Excepto *Eugenia* y *Matilde*, las novelas de Madama de Souza pertenecen al siglo XVIII visto desde el Imperio. Las de Madama de Duras, al contrario, pertenecen por completo á la Restauración, son el eco de una lucha aún no acabada, con las huellas de las catástrofes pretéritas. Uno de sus pensamientos más

(1) En realidad, Madama de Duras habia tomado la primera idea de *Eduardo* y de su situación desigual de la inclinación que demostró por su hija Clara (después duquesa de Rauzan), M. Benoit hijo del consejero de Estado, muchacho simpático y de excelentes cualidades, pero que en aquella sociedad no le habrían aceptado como marido.



arraigados, era que, para los que sufrieron siendo jóvenes el terror, la bella edad había sido marchita, que no tuvieron juventud y que llevaron hasta la tumba su primera melancolía. Esta pena, que parece fechada en la época del Terror, pero que tuvo otras causas, que se transmitió á todas las generaciones que vinieron más tarde, es el dolor de Delphine, de René. Madama de Duras la pinta con todos los matices, la persigue en todas sus fases y trata de curarla con Dios. El uso que hace del convento y del cura la diferencia bien marcada de Madama de Souza, y hay entre las dos, como separación sobre este punto una barrera que ha producido el movimiento religioso de *El Genio del Cristianismo* y *Las Meditaciones*. Para Madama de Duras, el convento es un verdadero claustro, rudo, austero, penitente; el cura es un verdadero confesor, y como dice Ourika, un viejo marinero que conoce bien las tempestades del alma.

El analizar á Eduardo sería señal de mal gusto, y por eso no lo intentaremos. No se puede separar nada de tal tejido, ni hay permiso para bordarle admirándole. Si hay libros que los corazones ociosos y cultivados se complacen en leer una vez todos los años, y que quieren ver florecer en sus memorias como las lilas en la Primavera, *Eduardo* es uno de ellos. Entre todas las escenas tan delicadamente descritas y encadenadas, la principal, la que más intensa emoción nos produce, es aquella de una tarde en Faverange, durante una conversación acerca del comercio de granos. Eduardo ve en el balcón á Madama de Nevers, cuyo perfil se recorta en el azul del cielo y se confunde en el blanco de un jazmín. Esta escena de flores ofrecidas y devueltas, de llantos ahogados y de cartas de confesión, realiza un sueño adolescente que se reproduce en cada generación sucesiva; no falta nada, en este cuadro bien escogido en el que todo muchacho piensa hacer su primera declaración. Sentimientos, pintura, lenguaje, todo está en esta página adoptada desde luego por millares de imaginaciones y de corazones. Una

página que nacida de los tiempos de la *Princesa Cleves*, ó en una literatura menos revuelta, habría sido inmortal.

El estilo de Madama de Duras, que se dispuso tarde y sin premeditación á escribir, no se resiente ni de titubeos ni de negligencia. Es *natural* y acabado, sencillo, rápido; un estilo parecido al de Voltaire, pero empleado por una mujer; sin ninguna afectación, sobre todo en *Eduardo*; un tacto continuo, nunca colores inequívocos, y á veces, ni siquiera colores en los fondos ni en las figuras secundarias, y, por último, contornos, muy puros y netos. Siempre pasiones más profundas que como son expresadas, nunca exaltaciones ni exuberancia como no existen en una conversación de gentes de clase elevada.

En tanto que Madama de Duras escribía todas las mañanas estas preciosas novelas, en las que la calidad de la corteza cubre la savia amarga, continuaba recibiendo en sus salones y siendo el encanto de sus concurrentes, á pesar de que su salud se quebrantaba por grados cada día. Tomaba, según se puede sospechar, una parte bastante activa en la política por sus amistades y por sus influencias. Durante el Congreso de Verona, Chateaubriand le escribía casi á diario lo que ocurría y los detalles de este gran juego. Mas, al mismo tiempo, se iba operando en ella una gran transformación de sumisión religiosa y de piedad; nunca había sido hasta entonces lo que llaman *devota*; llegaba á los manantiales elevados por reflexión, por la soledad y por todos los dolores que la oprimían. Un día que una persona íntima, en 1824, sorprendió en ella una viva indignación contra los proyectos de Villèle, teniendo en la mano un volumen del conde de Roy sobre el 3 por 100, hablando animadamente con conocimiento de causa, y presagiando la ruptura inevitable con su elocuente amigo, ese día por la mañana había leído y meditado sobre las *Reflexiones cristianas*, que se esforzaba por grabar en su cerebro. Había conservado mucha sangre girondina, impulsos generosos, abnega-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
69 ALEJANDRO R. VÁSQUEZ  
CALLE SAN ANTONIO, MEXICO



dos, inútiles, que se estrellaba contra los obstáculos que la época presentaba. Como, á propósito de uno de esos ímpetus, un amigo le hiciese observar que tenía derecho de ser tan liberal por ser su padre M. de Kersaint ella contestó: « ¡ Oh, sí, mi pobre padre! Amaba la libertad como es preciso amarla; pero nunca fué demasiado lejos con la Revolución y quiso defender á Luis XVI. » Distinguía cuidadosamente las ideas liberales de las ideas revolucionarias, teniendo horror por las unas y culto por las primeras. Esto, junto con la costumbre de reprimirse delante de la sociedad, y con la facilidad con que la mujer de clase distinguida recobra su calma, hacía de ella el tipo modelo de la Restauración.

Esta naturaleza demasiado franca debía algunas veces sorprender en esta época de partidos irritados y en una sociedad de etiqueta, y así, no se salvó de la envidia ni del odio. La odiaban en ciertos círculos fanáticos por el brillo de sus salones, por sus opiniones liberales, por la clase de gentes, decían, que la frecuentaban, y, á veces, sus amigos recibían cartas anónimas odiosas. No ignorando esto, sufría y se esforzaba por separarse de una sociedad en la que las enemistades son tan activas y en cambio las amistades más lentas, é infieles muchas veces. Todas estas pasiones, tan humanamente nobles, estos celos excesivos políticos ó maternales, estas preferencias, estas fugas de un alma que aspira á abrazar mucho, comenzaron á convertirse poco á poco en oraciones y en lágrimas de paz delante de Dios. Sus sufrimientos físicos, habían llegado á ser por momentos atroces, insoportables; pero los aceptaba pacientemente, se aplicaba de todo corazón á sufrirlos, y en estos dolores puso, si se puede decir así, una pasión última y sublime. En esta ruina sucesiva de su organismo, el corazón sólo pareció guardar hasta el final su juventud y su ardor. Casi separada entonces de la gente, rodeada de los cuidados más piadosos por su hija la duquesa de Rauzan, ya en París ó en San Germán y finalmente en Niza, donde murió en Enero de 1829, se entregó á los pensamientos

acerca de la inmortalidad y á conquistar méritos de bienhechora. Su otra hija, la condesa de La Rochejaquelein, la deseada, acudió á Niza y pudo recibir su última sonrisa. Entre las cortas *Reflexiones cristianas* que trazó su mano, la mayor parte hablan de las *pasiones, la fortaleza y la indulgencia*. En la primera, que tiene por título *Velad y orad*, se lee (1): « Casi todos los dolores morales, esos desgarrones del corazón que trastornan nuestra vida, habrían sido evitados si velásemos; no habríamos permitido entrar en nuestra alma á todas esas pasiones, que aun las más legítimas, son causa de la muerte del cuerpo y del alma. Velar es someter lo involuntario. » ¡ Qué sentimiento melancólico y hondo producen estas palabras en los labios de Madama de Duras! « A medida que se avanza se desvanecen las ilusiones, se ve desaparecer todo lo que es objeto de nuestro cariño. El atractivo de un interés nuevo, los cambios de los corazones, la inconstancia, la ingratitud, la muerte despueblan poco á poco este mundo encantado del que la juventud hizo un ídolo... Amar á Dios es adorar en la fuente las perfecciones que todos esperaban encontrar en las criaturas y que en vano hemos buscado. Ese poco bien que encontramos en el hombre debimos adorarle en Dios. » Más lejos, exalta el temor á Dios como aguijón de la pereza y de laxitud, pide fortaleza, pues, dice, la falta de fortaleza es uno de los más grandes peligros de las conversiones tardías. Pero nos formaremos idea completa de esta moralista cristiana y de su sutileza que va hasta el último repliegue del sentimiento, por su meditación sobre la *indulgencia*.

#### « LA INDULGENCIA

« Perdónalos Dios mío que no saben que se hacen. »

*El Evangelio.*

(1) Las *Reflexiones* y *Oraciones* fueron impresas aparte en 1832.



Esta frase da á la vez el precepto y la razón de la indulgencia. Hay varias maneras de perdonar; todas son buenas, porque todas son cristianas; pero los perdones son diferentes entre ellos como las virtudes que los inspiraron. Se perdona para ser perdonado, se perdona porque nos creemos obligados al sufrimiento, hay el perdón del humilde, se perdona para cumplir el precepto de devolver el bien por el mal; para ninguno de estos perdones comprende el excusar la falta que nos ha ofendido. El perdón de Jesucristo es el verdadero perdón cristiano. « No saben lo que se hacen. » En estas emocionantes palabras hay la excusa del ofensor y el consuelo del ofendido, el sólo consuelo para estos dolores morales, en los que, por decirlo así, el mal que nos causaron es secundario. La pena más grande es acusar sin excusa á los que amamos, y la excusa está en « no saben lo que hacen ». Destrozaron nuestro corazón; pero no sabiendo lo que hacían, estaban ciegos, sus ojos estaban cerrados, nuestros propios sufrimientos son la prueba de su ignorancia. La piedad está en el corazón del hombre, y sus mayores errores son efectos de su ceguera. ¿Cómo creer que se puede causar con sangre fría y voluntariamente penas que desgarran el corazón y que hacen sufrir mil muertes antes de morir? ¿Cómo creer que se quiere destrozarse un alma que acaso durante años enteros nos ha querido, adorado, perdonado, que nos había hecho su ídolo? Esta es la ingratitud fuente de tantas penas, que consiste en desconocer los sentimientos de que se es objeto y que hace al corazón incapaz de pagar en igual moneda, y en esa impotencia, en esa ignorancia encontraremos la excusa. Querer hacer sentir afectos á los que no lo sienten es querer dar vista á los ciegos, oído á los sordos. Perdónalos Dios mío que no saben lo que se hacen; perdónalos, sin que tengan que conocer su error para pedir que los perdones; que este perdón no se me cuente como una virtud, puesto que solamente es justicia; pero tened piedad de mí y dadme consuelo. *Amén.* »

No se puede añadir nada á estas bellas palabras. Pero estos diferentes grados del perdón cristiano, ese primer grado, en el que se perdona para ser perdonado, es decir por temor ó por esperanza, ese otro grado en el que se perdona porque se cree uno obligado á sufrir, es decir por humanidad, ese, en fin, en el que se perdona para cumplir al precepto de devolver el bien por el mal, es decir por obediencia, estas tres maneras que no son más que el perdón enteramente sublime y desinteresado me traen á la memoria lo que se lee de uno de los Padres del desierto, traducido por Arnauld de Andilly: « He visto una vez — dice el Santo abad del Sinai, — tres religiosos que habían sufrido juntos y á un tiempo la misma injuria. El primero se sintió turbado; pero como temió á la justicia divina, la aguantó en silencio; el segundo la oyó con regocijo porque esperaba ser recompensado, pero afligiéndose por el injuriador, y el tercero, no viendo sino la falta cometida por un hombre que quería entrañablemente, lloró con desconsuelo. Así se puede ver en estos tres servidores de Dios tres sentimientos distintos; en el uno, el temor al castigo; en el otro, la esperanza de la recompensa, y el tercero, el desinterés y un verdadero y perfecto amor. » ¿No admiráis cómo el espíritu cristiano se mantiene fiel en los que le poseen á través de los siglos, y cómo llega á arrancar del viejo abad del Sinai y de la noble dama de nuestros días los mismos distingos morales y las mismas aclaraciones?

Así fué coronada una de las vidas más brillantes y más completas, en la que concurrieron la Revolución y el antiguo régimen; en la que el nacimiento, la generosidad, el ingenio formaron su encanto, una vida de sencillez, de elegancia, de sinceros ardores, una vida apasionada y pura, con un final admirablemente cristiano, como se lee en las historias de las mujeres ilustres del siglo xvii; un armonioso conjunto de talentos delicados, naturales, y de muertes edificantes; pero con un carácter nuevo que se parecía mucho á las



tempestades de nuestra época y que le da al conjunto un valor singular.

Junio. 1834.

Se encontrarán algunas cartas de Madama de Duras en una obra publicada por M. de Falloux : *Madama Swetchine su Vida y sus Obras* (1869). Todas ellas tienen una gran delicadeza y son muy elevadas. Mas alguien dice : ¿ pero es que aun siendo cartas, y, sobre todo, cuando éstas van dirigidas á Madama Swetchine, no se habrá dado el caso de que estén retocadas ? He presentado hasta aquí sólo el ideal, nada más que el ideal; ahora quiero, sin embargo, indicar algunas discordancias con pocas palabras. El mundo, cuando no es injusto por completo, tiene una manera seca de pensar al decir que el moralista no debe ignorar nada, aun cuando algo no sea de su agrado. Una persona de la misma época que Madama de Duras, Madama de Boigne, que llevó su espíritu de justicia hasta el rigor, decía : « Madama de Duras ha amado á su marido, después á M. de Angosse, después á Chateaubriand. Ella arregla un poco las cosas y explica su desgracia á su manera en las cartas á Madama Swetchine. »

No se debe esperar ver aparecer nada más de las obras inéditas de Madama de Duras, algunas de las cuales ella tenía en mucha estima, llegando hasta nombrar su futuro editor en el testamento. La circunspección excesiva de la familia las ha guardado hasta que pasó el tiempo de publicarlas, puesto que también las obras del ingenio tienen su estación para florecer. De la lectura rápida que me han permitido de una de estas obras (*Olivier*), he copiado algunos pensamientos que he aquí :

« Hay seres de los que nos sentimos separados por una especie de muro de cristal de esos descritos por las hadas; los vemos, les hablamos, pero no podemos tocarles. »

« Hay enfermedades del alma como las del cuerpo; las que matan más certeramente son las que se sufren

en vida; hay desesperaciones crónicas (si podemos decirlo así) que roen, devoran y destruyen, pero que no las definimos. »

« La falta de armonía en los movimientos del corazón irrita como la falta de afinidad en la música, pero hace mucho más daño. »